

¿Wikileaks es periodismo ciudadano? De la ética hacker del *Cablegate* a la estética *emo* de Assange como icono global

Carlos Elías¹

Universidad Carlos III de Madrid

carlos.elias@uc3m.es

Resumen

Esta comunicación estudia el fenómeno de WikiLeaks desde dos puntos de vista: su ética y su estética. La ética se aborda con un caso estudio, el *Cablegate*, con el que WikiLeaks desveló cables diplomáticos estadounidenses y demostró cómo funciona en realidad el mundo. Con este episodio informativo comienza una nueva ética: la de desvelar todos los datos y las fuentes, algo que choca con las reglas tradicionales del periodismo –de proteger a las fuentes vulnerables–, aunque entra dentro del nuevo fenómeno emergente de la ética hacker, por la cual ningún ser humano debe ser privado de todo tipo de información. ¿Puede considerarse periodismo ciudadano? Analiza asimismo los conflictos entre la prensa tradicional –de la que se sirvió WikiLeaks– y los emergentes hackers como Assange convertidos en los nuevos informadores. Por otra parte, se estudia también la estética del fundador de WikiLeaks, Julian Assange, convertido en el nuevo icono mediático global. Su efigie, mezcla de ciberpunk y cultura neogótica, ya domina las caretas con las que se manifiestan muchos internautas por todo el mundo solicitando una mayor libertad en la sociedad red. Analiza asimismo los referentes visuales –cinematográficos–, literarios e históricos en los que se asienta este nuevo movimiento estético.

¹ **Carlos Elías** es catedrático de Periodismo de la Universidad Carlos III de Madrid. Se licenció en Químicas y Periodismo por la Universidad de La Laguna, donde también se doctoró con Premio Extraordinario en Ciencias Sociales. Fue *visiting fellow* durante un año en el Instituto de Metodología de la *London School of Economics*, donde se integró en el grupo *Science, Technology and Public Sphere* con el que sigue colaborando. Trabajó como científico (es corresponsable de la síntesis de seis nuevas moléculas) y, sobre todo, como periodista, oficio donde fue redactor de política de la *Agencia Efe* y responsable de ciencia del diario *El Mundo*. Es autor, entre otros, de *La Ciencia a través del periodismo* (Nivola, 2003); *Telebasura y Periodismo* (Libertarias, 2004); *Fundamentos de periodismo científico* (Alianza Editorial, 2008) y de *La razón estrangulada. La crisis de la ciencia en la sociedad contemporánea* (Debate/RandomHouseMondadori, 2008 y finalista del Premio Nacional de Ensayo). En 2010 organizó en España la conferencia mundial *Science in Society* y la exposición sobre la historia de la Astronomía a través de sus libros en la Biblioteca Nacional.

Palabras clave: WikiLeaks, Assange, ciberperiodismo, ética periodística, estética punk

Introducción

En octubre de 2010 se televisó la escena que, en el futuro, en mi opinión, será recordada como la representación de la muerte del periodismo de la era pre-Internet. Atika Shubert, periodista de la CNN, el medio de comunicación global del pasado siglo XX, entrevistaba a Julian Assange, el director de WikiLeaks, la web que representaba el periodismo emergente del XXI. Fundada en 2006, con el objetivo declarado de filtrar información para combatir la corrupción, se ganó su prestigio informativo cuando en julio de 2009 publicó las comprometidas imágenes de una matanza perpetrada por un comando militar estadounidense a bordo de un helicóptero en Irak. Justo después colgó en la Red 76.000 documentos secretos sobre la Guerra de Afganistán. WikiLeaks sigue la máxima de la ética hacker de que toda la información debe ser libre y de acceso ilimitado. Sin embargo, no está claro que sea periodismo ciudadano, pese a que está elaborado por personas ajenas al mundo del periodismo tradicional que ponen sus conocimientos –en este caso, informáticos- al servicio de la libre circulación de información en la Red.

En 2009 la web WikiLeaks publicó el caso Trafigura, donde demostró que esa empresa energética pagó a otra de Costa de Marfil para deshacerse de 400 toneladas de gasolina destruyendo el medio ambiente. En julio de 2009 Amnistía Internacional premió a WikiLeaks por denunciar las ejecuciones extrajudiciales en Kenia.

Sin embargo, fue en octubre de 2010 cuando se produjo su consolidación como paradigma del mejor periodismo de todos los tiempos: filtró 400.000 documentos militares estadounidenses que evidenciaban una tortura sistemática a prisioneros por parte de las fuerzas iraquíes. Torturas conocidas, según los documentos publicados, pero no denunciadas ni por los oficiales estadounidenses ni por los medios de comunicación tradicionales. Otra de sus duras revelaciones fue la constatación de que los muertos civiles eran muchos más de los que figuraban en las estadísticas oficiales. En concreto, los medios tradicionales y los políticos occidentales habían “olvidado” 15.000 víctimas, muchas de ellas mujeres y niños que nada tenían que ver con Sadam Hussein.

Lo revelado por WikiLeaks fue de tal envergadura que Amnistía Internacional valoró denunciar a las autoridades estadounidenses y el relator de la ONU para la tortura pidió al presidente Obama una investigación urgente. Los gobiernos implicados no desmintieron la información –lo cual demuestra la gran calidad y el buen contraste periodístico-, sino que, como ha sido habitual

en la historia del periodismo, su función fue desacreditar al mensajero: acusar a WikiLeaks de poner en riesgo la seguridad nacional de los países occidentales y, de paso, vilipendiar al responsable de WikiLeaks acusándolo de acoso sexual. Algunos medios tradicionales acogieron con entusiasmo estos enfoques orquestados por los gobiernos, la CIA y el poder económico pues temían que la red terminara por hundir el ya deteriorado prestigio de los medios tradicionales.

Todo eso se pudo ver en directo en CNN. El inconsciente de la periodista de esta cadena televisiva intuía que en el futuro, ella podría ser un bonito busto parlante, pero el periodismo –el que se escribe con mayúsculas– jamás se volvería a emitir en la CNN, sino en portales web como WikiLeaks. En 2010 el periodismo occidental llevaba décadas sin ejercer de contrapoder. La periodista de la CNN no estaba interesada en las torturas, asesinatos o corrupción generalizada que habían perpetrado los ejércitos occidentales en Irak y que denunciaba WikiLeaks. La CNN había retransmitido en directo la Guerra de Irak, pero de lo más importante –las causas y las consecuencias– jamás habló. Le dio importancia a las imágenes, a una narración cinematográfica, no a los hechos periodísticos.

Lo que le preocupaba a Atika Shubert, cuando entrevistó a Assange, no era la gloria de WikiLeaks por haber publicado los documentos secretos que demostraban crímenes de guerra. La CNN, como la mayoría de los medios tradicionales, finalmente –y por motivos que no podemos abordar en este artículo– han evolucionado, desde los años 90, en correas de transmisión del poder político y económico y en instrumentos de desinformación de la opinión pública global tutelados por los servicios secretos.

“Esta entrevista trata sobre algo más. Tendré que marcharme si vas a continuar esta entrevista extremadamente seria con preguntas acerca de mi vida personal”, advirtió Assange. Pero Shubert, que pertenece al periodismo tradicional, pensó que su papel de periodista sólo consistía en interesarse por la sexualidad de sus entrevistados y no por los crímenes de guerra perpetrados por Occidente, e insistió en su pregunta. Assange abandonó el plató mientras la entrevista se emitía en directo. La acción, elevada a video histórico en la Red, simbolizó el desencuentro entre el viejo periodismo –ejemplarizado en la CNN–, cada día más decadente, y la emergente ciberinformación.

Los dos episodios gloriosos del periodismo occidental son el Watergate (1972) y, sobre todo, el caso de los “*Pentagon Papers*”: la publicación en 1971 de los 7.000 documentos secretos sobre la Guerra de Vietnam. Esa información precipitó la salida de EEUU de aquel país. En aquella época desató una apasionante controversia en torno a la libertad de expresión y la seguridad nacional. Sin embargo, la historia posterior ha glorificado a los periodistas frente a las pretensiones de opacidad que defendieron los gobiernos en aquel momento. De aquella gloria –repetida machaconamente en

las facultades de ciencias de la información- ha estado viviendo el periodismo occidental durante casi 40 años hasta la aparición de WikiLeaks.

“Todos los ataques que reciben ahora Assange y WikiLeaks fueron dirigidos contra mí cuando publiqué los papeles del Pentágono”, afirmaba en Twitter Daniel Ellsberg, estadounidense de 79 años que filtró la información para el célebre caso de los años 70. El presidente de Estados Unidos Henry Kissinger lo calificó como “el hombre más peligroso de América”. En una entrevista con *El País* Ellsberg señala: “Hoy me habrían llamado terrorista²”, igual que están haciendo con Assange o Bradley Manning, el soldado de inteligencia que, según el Departamento de Estado, filtró a Assange los documentos sobre la diplomacia americana en un disco de Lady Gaga. “Si ha sido Manning, cosa que aún está por ver, yo me identifico con él. Defiendo a WikiLeaks porque creo en el servicio que está haciendo a los ciudadanos”, añade Ellsberg, convertido ahora en personaje a analizar en las decadentes facultades de Periodismo occidentales.

WikiLeaks y su fundador le han dado la vuelta a todo. Assange es el prototipo del nuevo ciberperiodista del siglo XXI. Es periodista, en la acepción gloriosa del término, porque actúa como contrapoder. Porque critica a los gobiernos corruptos y delata la impunidad con la que se cometen, por ejemplo, crímenes de guerra en Afganistán o Irak. Crímenes financiados por los impuestos de los ciudadanos occidentales. “Revelar lo oculto es la piedra de toque del periodismo comprometido³”, es la definición que da el director de *El País*, Javier Moreno, sobre la profesión. Una afirmación parecida suele reiterar el responsable del diario de la competencia, Pedro J. Ramírez, director de *El Mundo*.

Pero la formación y procedencia de Assange nada tiene que ver con los periodistas del siglo XX. Assange es, por encima de todo, un miembro de la nueva elite intelectual emergente en esta época ciberreal: es un experto informático con un glorioso pasado como hacker. Y eso le ha hecho fundar un portal en donde cuelga información confidencial a la que accede por procedimientos que el poder considera “poco ortodoxos”, que pueden implicar que hackers se infiltren en archivos informáticos confidenciales.

***Cablegate*: las instrucciones de cómo funciona la humanidad**

En diciembre de 2010 WikiLeaks anunció –en un histórico caso que se ha denominado *Cablegate*- la filtración de 250.000 cables de la diplomacia estadounidense: se hacían públicas las instrucciones de cómo funciona la

² *El País*, 12-12-2010: Suplemento *Domingo*, p. 5

³ Moreno, Javier (2010). Los papeles del Departamento de Estado. Crónica de la gran filtración. *El País* 19-12-2010: 6.

humanidad, como especie social y política. Había logrado uno de los sueños de los primeros hackers que nacieron en los 70 y 80 en el MIT: desvelar a la humanidad la radiografía de la realidad real del mundo, no de la realidad que aparece en los medios de comunicación, que sólo suelen recoger declaraciones hipócritas, aunque políticamente correctas, de políticos, banqueros o diplomáticos. Declaraciones elaboradas por sus gabinetes de prensa que diseñan hasta qué libro lee un político en Navidad, en función de cómo la opinión pública va a considerar ese libro concreto. Estas revelaciones fueron publicadas por un grupo cinco periódicos occidentales seleccionados por Assange: *The Guardian*, *The New York Times*, *Le Monde*, *Der Spiegel* (semanal) y *El País*.

Los medios de comunicación no son fuentes fiables para los historiadores: nunca publican lo que pasa, sino lo que otros dicen que conviene que la sociedad piense que pasa. Pero todo cambió con las filtraciones de WikiLeaks: publicó lo que realmente piensan, lo que realmente hacen y cuál es la realidad real de los resortes del poder. Jesús Maraña, director del diario *Público*, considera que el caso destapado por WikiLeaks desvela varias claves que cambiarán el mundo⁴. En primer lugar, la comunicación política ha iniciado una nueva era en la que los secretos pueden pasar de la fuente a la aldea global sin intermediarios ni, prácticamente, control alguno. Si alguien quiere ocultar un dato, lo más útil no es esconderlo, sino confundirlo con otro millón de datos. La saturación es desinformación, que es algo que enseñamos siempre en las facultades de comunicación.

Un detalle muy interesante del *Cablegate* es la poca calidad del trabajo diplomático en general. Es cierto que, según lo desvelado, los embajadores de Estados Unidos defienden con ahínco los intereses de su país. Sin embargo, en el papel de espías dedican más tiempo a refritar periódicos que a descubrir secretos de estado. Hasta ese momento, algunos pensábamos que la diplomacia era algo más serio y profesional.

El director de *El País* reconocía, tres semanas después de la publicación de la filtración en su periódico, algunas lecciones que él había extraído en este sentido: “La incompetencia de los gobiernos occidentales respecto a la crisis económica, el cambio climático, la corrupción o la agresión militar ilegal y otros países han quedado abundantemente expuestas ante la opinión pública en los últimos años. Ahora sabemos además, gracias a los papeles de WikiLeaks, que todos ellos son conscientes de su desgraciada falibilidad, y que sólo la inercia de las maquinarias oficiales y el poder de mantener los secretos les evitan tener que rendir cuentas ante los ciudadanos, razón última en una democracia⁵”

⁴ *Público* 12-12-2010: 8.

⁵ Moreno, Javier (2010). Los papeles del Departamento de Estado. Crónica de la gran filtración. *El País* 19-12-2010: 6.

Otro elemento que, al menos a los españoles, nos ha dejado atónitos, no es lo que opina el embajador norteamericano de nosotros sino, como señala Maraña, “la cutre pleitesía que muchos políticos, jueces, fiscales y militares autóctonos demuestran hacia el delegado del imperio”. Las filtraciones de WikiLeaks han demostrado que España es una colonia, no por cómo nos tratan los estadounidenses –en general, correctamente-, sino lo que es peor: por cómo nuestros líderes se arrastran ante ellos sin que nadie se los exija. Ha sido muy interesante conocer esta realidad.

En cualquier caso, es rotundamente falso que lo desvelado por las filtraciones de WikiLeaks sobre la diplomacia norteamericana pongan en riesgo la seguridad mundial, ni la de los gobiernos afectados. Demuestra la hipocresía –un término a partir de ahora sinónimo de diplomacia- con la que actúan los políticos cuando explican cómo es la realidad.

Demuestran también algo terrible para el periodismo tradicional: si no hay investigación, no existe periodismo. Muchos medios han tratado este caso como de “filtraciones”. Pero no se trata de filtraciones interesadas que una fuente da a un periodista; sino de verdadera investigación: se llega a los archivos secretos porque son los que contienen la verdadera información. Y llega el periodista/hacker. Todo lo publicado, por ejemplo, sobre el caso Couso –el periodista español acribillado en Irak por las tropas estadounidenses- a partir de las declaraciones de jueces, fiscales o políticos fue falso. Por tanto, hubiese sido mejor no haber perdido el tiempo en leerlos. Las fuentes sólo utilizaron a los medios para reírse de los ciudadanos y hacer proselitismo de sus ideas ante la opinión pública. A partir del *Cablegate*, muchos dejaremos de leer declaraciones de jueces o políticos en los medios. Sabemos que mienten. Que tienen doble discurso y que los periodistas que propagan sus declaraciones sólo están entrando en su juego. Hay que evitar caer en su trampa y leer esas informaciones. Sólo valdrá, como representación de la realidad, lo que hayamos obtenido de archivos secretos.

WikiLeaks ha demostrado que la realidad que difunden los medios de comunicación es tan falsa como la de los mundos virtuales de los multijuegos multijugador. Sólo los archivos secretos de los gobiernos contienen los datos verdaderos.

Los medios tradicionales y WikiLeaks

Es cierto que WikiLeaks usó a los medios tradicionales para sus filtraciones. Ello sólo significa que, de momento, le otorgan un altavoz mayor en la red. Los medios tradicionales tienen varios siglos de existencia. La red sólo dos décadas. Queda por ver por qué un periodista tiene que ser el que elige qué documento publicar, cuando el documento lo ha obtenido un informático. Queda por determinar por qué un abogado, un politólogo, un médico, un

ingeniero o un biólogo no puede también leer esos documentos y colgar en su blog la información. La ética periodística no ha demostrado ser mejor que la de los médicos, químicos, veterinarios, historiadores o escultores.

De hecho, el matrimonio de conveniencia de los medios tradicionales con WikiLeaks o de ésta con ellos terminó en septiembre de 2011 cuando WikiLeaks decidió publicar íntegramente los cables diplomáticos sin que los periodistas tradicionales filtraran previamente la información.

El periodismo se enfureció: vislumbró que su época pasó. El editorial de *El País* (4-09-2011) clamaba contra Assange: “La publicación íntegra de los cables sin editarlos para proteger a las fuentes que citan, transforman por completo la causa a la que sirve WikiLeaks. Bajo la premisa de promover la transparencia para servir a los derechos humanos, la organización de Assange puede convertirse en un peligro adicional para ellos”. Y añadía: “El error de WikiLeaks no consiste en haber renunciado a servir de fuente a alguno de los principales diarios del mundo: *The Guardian*, *The New York Times*, *Der Spiegel*, *Le Monde* y *El País*; consiste en haber abandonado la deontología por la que se rige el periodismo con el que están comprometidos esos medios. Al emprender ese camino, WikiLeaks abandona el periodismo y se adentra en un terreno desconocido, donde puede servir simultáneamente a la causa de los derechos humanos y a la violación”.

Este duro editorial refleja la ira del periódico que solo unos meses antes había defendido a Assange, incluso con actos y conferencias públicas. Aún no está claro por qué se desveló la publicación en bruto de todo el material. Según todos los indicios, no fue culpa de Assange, o quizá sí por haber confiado en los periodistas tradicionales: quien hizo pública la contraseña secreta que daba acceso a los documentos fue David Leigh, jefe de periodismo de investigación de *The Guardian*, en su libro *WikiLeaks y Assange*. “Nuestro sistema habría sido seguro si *The Guardian* no hubiera desvelado la contraseña. David Leigh, que es el cuñado del director del periódico, lo hizo como resultado de su estupidez y malicia⁶”, explicaron a los medios los responsables de WikiLeaks. Desde *The Guardian* se excusaron señalando que publicaron la contraseña porque pensaban que “Assange la había cambiado”. ¿Y para qué o por qué la publicaron entonces?

En cualquier caso, lo que demuestra WikiLeaks es que el fenómeno no es periodismo ni falta que le hace. WikiLeaks es un producto más de la ética hacker: toda la información debe estar disponible. El malvado no es el mensajero, sino el que usa el contenido para matar a alguien. La opinión pública no es subnormal y, por tanto, no hay que ocultarle información y fuentes en bruto.

⁶ Declaraciones a *El País*, 11-09-2011: Suplemento dominical pp. 8 y 9.

Assange como estética del movimiento virtual

La cultura occidental siempre ha sentido fascinación por el disidente. Assange se ha convertido en un icono global del movimiento cibernético. Julian Assange (1971), el fundador de WikiLeaks, podría ser el nuevo Galileo del siglo XXI. No en el sentido intelectual –a pesar de que Assange estudió Física y Matemáticas como Galileo- sino en su confirmación como el disidente de la corriente dominante. Esa que cree que los estados deben y pueden ocultar información. Se arriesga a pena de muerte, simplemente, por publicar algo. Eso también le sucedió a Galileo. Assange tiene una guardia anónima de hackers que lo defiende: el colectivo *Anonymous* se encargó de atacar en diciembre de 2010 las webs de *Amazon*, *Visa*, *Mastercard* o *PayPal*, la principal plataforma de pagos en Internet, como represalia a los obstáculos que estas empresas pusieron a WikiLeaks para poder sobrevivir. Empresas que la expulsaron de su ámbito cuando los poderes fácticos estadounidenses declararon “terrorista” a Assange por desvelar información. El propio Assange ha afirmado que si lo extraditan a EEUU puede ser condenado a muerte y que teme por su vida. ¿Por qué lo hizo Assange? ¿Por qué un ejército de cibernautas anónimo se arriesga a ser detenido por defender a Assange e ir contra las empresas que lo acosan? Por la fascinación que en Occidente nos provoca el disidente.

¿Qué diferencia a estos hackers de *Anonymous* de los discípulos de Galileo que en 1638 arriesgaron su vida desafiando al poder de la Inquisición y publicaron su manuscrito *Dos nuevas ciencias*? La Inquisición había prohibido a Galileo escribir y, sobre todo, publicar. Pero el disidente no acata al poder. Anciano, enfermo, ciego y recluido a perpetuidad por haber publicado, en 1632, su maravilloso *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, una joya no solo del pensamiento científico sino también de la literatura universal, Galileo siguió trabajando en el libro que pondrá las bases de la mecánica: *Dos ciencias nuevas*. Es el libro del que parte Newton para establecer su Ley de Gravitación Universal donde demuestra, nada más y nada menos, que el mundo no está regido por la magia o por los dioses, sino por ecuaciones matemáticas inteligibles que describen leyes generales. Y, en palabras del escritor Alexander Pope, “se hizo la luz”. Obviamente, el poder no quería que se desvelara los secretos de cómo funciona la Naturaleza porque, en aquella época, si la opinión pública conocía esos secretos, la Iglesia –y otros poderes como la monarquía absoluta- no podría imponer su autoridad. Ese fue el punto central que instigó el caso Galileo. Sus discípulos desafiaron aquel sistema de leyes, sacaron ilegalmente de Italia su último manuscrito y lo publicaron en Leiden, donde se ubicaba la primera universidad que instauró la libertad de cátedra. Leiden era en el siglo XVII, después de haber vencido a las tropas de Felipe II, un oasis de libertad intelectual frente al poder absoluto de la Inquisición y del papa en el orbe católico.

Assange –y, sobre todo, WikiLeaks- busca su propio Leiden en el siglo XXI. Pero muchos países le están retirando el asilo: nadie quiere en su territorio a alguien que cree que toda la información debe ser libre. Si no encuentra asilo en este siglo XXI, tal vez sería la mejor prueba de que no hayamos avanzado tanto como creemos en cuanto a la libertad de pensamiento. Aún en Leiden, el libro de Galileo tuvo que imprimirse con la leyenda “contra la voluntad del autor”. Los discípulos querían evitar que el Assange del XVII fuera nuevamente torturado o quemado en la hoguera por burlar las normas de desvelar información que el poder de la época consideraba secreto de estado, pues era su arma de control de la población. *Dos ciencias nuevas* es considerado como el primer texto científico moderno. Su audacia está en que, por primera vez, aplica el análisis matemático para el conocimiento del mundo, lo cual enfureció aún más a teólogos y filósofos porque los dejó fuera de la física y de la explicación de la realidad.

Aún es pronto para saber dónde nos llevará WikiLeaks. Pero, de momento, su existencia ha enfurecido a muchos colectivos de los poderes fácticos: diplomáticos, banqueros, periodistas, políticos... Y eso siempre es buena señal.

En todo este contexto, Julian Assange se ha convertido en la cara visible de esta revolución líquida que se está gestando en la Red. Una de las lecciones que aprendimos en el siglo XX fue la gran importancia de la estética en los movimientos políticos (sobre todo en los totalitarios, pero también en todos los demás). La sociedad red ha intentado buscar su estética para consolidarse como movimiento ideológico y, sin ninguna duda, Assange es una buena fuente de inspiración en todos los sentidos. Por otra parte, concreta en una persona un movimiento difuso –hasta su propio nombre Anonymous lo es- lo cual es beneficioso para los medios de comunicación tradicionales que se desquician si no tienen una cara, un portavoz o una imagen.

La estética de la ciberrealidad podría asociarse con la estética ciberpunk, definida en la magistral película *Blade Runner* (Oliver Stone, 1982). Aunque ya en 1927 el cineasta Fritz Lang nos propone en su *Metrópoli* una imagen inquietante y apocalíptica de la tecnología, es en *Blade Runner* donde aparece un mundo oscurecido por la contaminación y la lluvia perenne, en el que las consecuencias de un hiperdesarrollo tecnológico y de un deterioro irreversible de la naturaleza conforma un entorno sombrío e infeliz. Las ciudades son inhóspitas y están pobladas de humanos y replicantes de apariencia andrógina dominados por un poder anónimo y privado (como ahora) y en el que el poder político y ciudadano ha desaparecido. Esta estética ciberpunk ha sido repetida en el cine en películas recientes como *Hijos del hombre* (2006), *Soy Leyenda* (2007) o *La carretera* (2009).

Olivia Muñoz-Rojas, experta en estética y composición arquitectónica, sostiene que “la sensibilidad iconográfica del momento ha hallado en la efigie

de Julian Assange una poderosa imagen de la revolución de nuestro tiempo⁷”. Considera que la puesta en escena en los medios de comunicación de todo el mundo, al salir de la corte de Londres, (donde en 2011 se resolvió su libertad condicional y su extradición a Suecia al ser acusado de presunta violación) responde a una estética cuidada. “Frente a las puertas neogóticas de la Corte Suprema de Londres –sostiene Muñoz-Rojas-, vestido de blanco y negro, erigiéndose sobre los micrófonos que se cruzan delante suyo y envuelto en una luz rojiza, evocaba claramente el cartel de *V de Vendetta* en el que aparece V sobre fondo rojo con dos espadas cruzadas alzándose sobre la efigie de Evey Hammond (Natalie Portman) y miles de ciudadanos anónimos tocados con la misma máscara”.

Curiosamente *V de Vendetta* (James McTiegue, 2006) no es una película sobre tecnología, sino que aborda la vida de un personaje histórico, también disidente, Guy Fawkes, conspirador católico inglés que en 1605 trató de volar la Casa de los Lores. La estética de la película combina elementos del ciberpunk con los neogóticos. El protagonista, V, lleva una máscara blanca con barba recortada y ojos rasgados que fue la que empezó a usar el grupo Anonymous en sus primeras manifestaciones. Recientemente, aprovechando la semejanza con las facciones totalmente pálidas de Assange, los ciberactivistas han empezado a adoptar la máscara con la cara de este último, de modo que su efigie, extremadamente blanca y delgada, empieza a convertirse en un icono de representación estética de un movimiento ideológico, del mismo modo que la imagen del Che Guevara lo hizo para los jóvenes de hace varias décadas. La revista de tendencia musical *Rolling Stone* ha destacado el parecido físico de Assange con el del ídolo del raíces punkis, David Bowie.

Muñoz-Rojas considera que existen muchas tendencias estéticas entre quienes rozan ahora los 20 años, “pero los que se apuntan al ciberactivismo aglutinan aspectos frecuentemente del *emo* y otros derivados del punk con imaginería gótica y de la sofisticación apocalíptica urbanita del *retro-déco-trash-chic* de un par de generaciones atrás: la palidez (por la falta de exposición a los elementos), la delgadez (por la ausencia de ejercicio físico y el veganismo que practican algunos) y la androginia, tanto en apariencia física como en la indumentaria”. Todo esto puede observarse en Assange.

Conclusión

Desde mi punto de vista, Assange combina la ética hacker de libertad total de información y desprecio al poder del periodismo tradicional con la estética del movimiento *emo*, iniciado a finales de los 80 con su postura crítica ante el mundo, rebeldes, callejeros y urbanos y con su característico flequillo tapando

⁷ Muñoz-Rojas, Olivia (2011). “La vendetta de Assange”. *El País*: 24-01-2011: 25

parte de la cara (uno de los peinados más frecuentes en Assange). Uno de los movimientos musicales que sustentan a los emo es el *mathrock* (rock matemático), cuyos compositores usan las matemáticas para encontrar la creatividad. En una misma canción se complementan melodías armoniosas con acordes distorsionados según los valores de ciertas ecuaciones. Uno de los elementos de la ética hacker en sus comienzos fue que se podía crear arte con la informática. Y no olvidemos que la música electrónica (a la que pertenece el *mathrock*) comenzó como una propuesta hacker.

Por otro lado, el pasado de Assange como hacker, reforzado por su pasión por las física y las matemáticas –además de sus estudios universitarios en estas materias ganó una olimpiadas de Física en Australia- y, sobre todo, su posición actual de periodista contrapoder, le confiere un arquetipo que es una síntesis, por ejemplo, de los dos personajes de la novela más aclamada de los últimos años: *Millenium*, la trilogía de Stieg Larsson donde el protagonista, Mikael Blomkvist es un periodista (de edad apreciada a Assange) que descubre los oscuros secretos del poder gracias a las dotes de hacker de su ayudante, Lisbeth Salander, descrita como una joven superdotada de estética neogótica, apariencia andrógina y desprecio por las relaciones sociales. Es decir, la literatura, en cierto modo, también apoya a Julian Assange como arquetipo de una época.

Bibliografía

Canga Larequi, Jesús. (2001) “Periodismo e Internet: nuevo medio, vieja profesión”. *Estudios sobre el mensaje periodístico*. 7: 33-48

Cardeñosa, Bruno (2011). *W de Wikileaks: la venganza contra las mentiras del poder*. Libros Cúpula. Barcelona.

Domscheit-Berg, Daniel (2011) *Dentro de Wikileaks: mi etapa en la web más peligrosa del mundo*. Roca. Barcelona.

Edo, Concha (2001). “Las incertidumbres del periodismo en Internet”. *Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación*. 6: 51-62

Elías, Carlos (2011). “Emergent Journalism and Mass Media Paradigms in the Digital Society” (Anchor Chapter) in *Emerging Digital Spaces in Contemporary Society: Properties of Technology*. (Karim Gherab Martín y Phillip Kalantzis-Cope, eds). Palgrave-Macmillan. Nueva York.

Estulin, Daniel. (2011). *Desmontando Wikileaks*. Bronce. Barcelona

Jenkins, Henry (2006). *Convergence culture*. New York University Press. Nueva York. Lévi, Pierre. (1997). *Collective Intelligence: Mankind's Emerging world in Cyberspace*. Perseus Book. Cambridge.

Leigh, David (2011). *WikiLeaks y Assange: un relato trepidante sobre cómo se fraguó la mayor filtración de la historia*. Deusto. Barcelona

Lozano, Jorge (2008). “Cultura de masas/Cultura alta: ¿Convergencia o transducción?”, conferencia en *Congreso Septenio Canarias* (recogida en www.septenio.es) La Palma.

Moreno, Javier (2010). Los papeles del Departamento de Estado. Crónica de la gran filtración. *El País* 19-12-2010: 6.

Muñoz-Rojas, Olivia (2011). “La vendetta de Assange”. *El País*: 24-01-2011: 25